

Como en vano los ojos tras la huella
Ansiosos vagan de perdida estrella,
Rápida exhalación, hija del rayo,
En tibia noche del florido mayo;
Como, en vano, se ofuscan
Cuando afanosos buscan
La levisima gota desprendida
De una trémula mano
En el vasto raudal del Oceano;
Colmada la medida
De los tiempos del mundo, el tiempo mismo
Se hundirá en el abismo
De la honda eternidad, madre terrible
Que el límite al pisar del crudo plazo
Ahogará á su hijo en un abrazo,
Dándole en sus entrañas tumba horrible!
¡De todo lo creado
No quedará ni sombra ni memoria!
¡De tanto padecer, de tanta gloria,
De tanto mal temido ó bien ansiado,
Ni un eco repetido
Ha de quedar, ni un lúgubre gemido!

¿Cómo puede, Señor, el débil hombre,
Al pensar de esos soles en la muerte,
Necio, llamarse fuerte,
Soñar, impío, eternizar su nombre?
¿Cómo en su corazón, lodo mezquino,
Rencores amasar, sentir pesares,
Divinizar efímeros amores,
Aherrojar á sus plantas el destino?
Millares de millares
De siglos pasarán, los resplandores
Antes que apagues tú de esas lumbreras
Que son en las esferas
De tu gloria elocuentes narradores;
Y siglos mil antes del sumo día,
Esta generación que alienta ahora
Y se agita y combate en lucha impía

Sobre este espacio obscuro, limitado,
De lágrimas y crímenes forjado,
Verá llegar su postrimera hora!
Y, empero, ciega, estúpida, opresora,
Pugna por alcanzar en la ardua liza
El premio del valor ó el del talento!.....
—¡Ceguera miserable!
¡Tan infando rencor, tal ardimiento,
Por lo que es vil ceniza,
Vanidad, ilusión, polvo impalpable!

¡Cuántos nombres ilustres, afamados
Y ánimos levantados,
Generosas pasiones,
Viles, desenfrenadas ambiciones,
Rodarán confundidas,
Indistintas moléculas perdidas,
En la vasta grandeza
De la madre común naturaleza!

¡Claros soles, inmensos reverberos,
Un día moriréis!..... Y los humanos,
Criaturas fugaces de un minuto,
Se persiguen arteros
Como hambrientos milanos,
Recogiendo en sus odios carniceros
Llanto por galardón, sangre por fruto!

¡Señor, Señor!—¡Cuando afligido pienso,
Cuando en callada soledad medito
Lo que suma el mortal más encumbrado
Ante la inmensidad de lo creado,
Me humillo á tu poder sumo, infinito!
Átomo imperceptible en el inmenso
Piélagos de los seres, ¿qué es el hombre?
¡Cuando más, un sonido, un soplo, un nombre!

ODA A LA LIBERTAD.

No armada del puñal de la venganza,
Ni teñida la veste en sangre impura,
Tal como la forjó vuestra locura

O torpe iniquidad:

Plácida cual la luz de la esperanza,
Con la paz y el perdón sobre su frente,
Blanda la faz, benigno el continente:

¡Tal es la Libertad!

Hija de Dios, de su bondad esencia,
Don el más alto de su amor divino,
Acaso en el mundano torbellino

Al hombre se ocultó:

Negra ambición, estúpida demencia,
El temor de los buenos, la osadía
De un tirano, el furor de la anarquía

Tal vez la encadenó.

Mas no puede morir: lozana, fuerte,
Crece encorvada bajo el férreo yugo;
¡Ni el hacha enrojecida del verdugo

Enerva su virtud!

Del seno tenebroso de la muerte,
Insultada tal vez, jamás vencida,
Cual su padre inmortal, torna á la vida

Con nueva juventud.

Poco son á humillarla los tiranos;
Que el mundo ve y conoce sus derechos;
La oprimen ¡ay! con sus bastardos hechos

Mil émulos y mil;

Que, so el disfraz de nobles ciudadanos,
En su nombre inmortal alzan pendones,
¡Y hacen servir los pueblos y naciones

Á su torpeza vill!

Vosotros sois, apóstoles fingidos,
Vosotros, embusteros renegados,
Vosotros, sí, los pérfidos soldados

Del crimen y el error:

No ha menester la libertad, bandidos,
Del estruendo y rencor del fiero Marte;
Símbolo del perdón es su estandarte,

¡Su blando imperio, amor!

Y lidia, sí, pero en léal palestra;

Atacada, jamás provocadora;

Siempre grande en la lid, nunca opresora;

Que es numen celestial;

Y nunca armó su prepotente diestra

El odio, ni el temor, ni la venganza;

Jamás para vencer urdió asechanza,

Ni usó traidor puñal.

¡Pueblos! No es el rencor, ni la codicia,
Ni la torpe ambición, ni la impia guerra
Los símbolos que anuncien á la tierra

Que ya lució su edad:

Si veis orden y paz, amor, justicia,

Adunados reinar en grata calma,

Alzad entonces al Criador el alma:

¡Esa es la Libertad!

EL NIÑO PERDIDO.

Al aire destrenzada

La blonda cabellera,

La túnica rasgada,

Y en llanto de dolor

Bañado el rostro puro

Que al sol envidia fuera,

Por tu recinto obscuro

Va una mujer, Sión.

¿Qué crudo, amargo duelo
Lamenta la acuitada?
¿Qué horrible desconsuelo
Su pecho laceró?
¿Esposa, vese viuda,
Ó es virgen desposada
Que con fiereza cruda
Su amante abandonó?

¿Ó es huérfana que llora
Con ayes de agonía
La sombra protectora
Del techo paternal,
En medio al mar del mundo
Mirándose sin guía,
Al soplo tremebundo
Del recio vendaval?

Viuda, al caro esposo
Lamenta desdichada;
Amante, al cariñoso
Objeto de su amor:
Y en ayes reprimidos
La madre desolada,
Buscando entre gemidos
Va al hijo que perdió.

Miriam, la virgen pura,
La madre enaltecida,
La que en la eterna altura
Casi es á Dios igual;
De la divina alianza
La prenda bendecida,
La paz y la esperanza
Del mísero mortal;

Llorosa entonces, mustia,
El alma entristecida,
En tan terrible angustia

Olvida su virtud.... (1)
¿Qué mucho, si se ausenta
El sol que le da vida,
Qué mucho, si lamenta
Perdido á su Jesús?....

Volviendo á su morada
Desde Salem divina,
De gentes circundada
Que van á Nazareth;
Al ver tras blanco velo
La estrella vespertina
Luciendo ya en el cielo,
Cercano á anochecer;

La marcha fatigosa
En rústica posada
Detuvo cuidadosa;
Que el hijo de su amor
Con otros jovenzuelos,
Sus deudos, la jornada
Siguió, y con mil recelos
La tiembla el corazón.

José vendrá sin duda
Con ellos; del camino
La marcha larga y ruda
Tal vez los fatigó;
Mas ya en el patio ondea
Su manto blanquecino
Y aun á la luz febea
Jesús no apareció.

Y luego van llegando
Los otros uno á uno,
Á todos preguntando

(1) *Virtus*: fortaleza, fuerza.—(Nota del autor.)

Miriam en su inquietud;
Mas nadie le responde,
Que no le vió ninguno.
—¿Por qué de mí se esconde
Mi gozo, mi salud?

Ya las nocturnas nieblas
Invaden la llanura;
Se palpan las tinieblas
Del bosque en derredor:
Y el campo ilimitado
Y la caverna oscura
Y el aire conturbado
Repiten su dolor.

Y ni peñasco rudo,
Ni monte, ni ladera,
Ni precipicio mudo
Quedó en aquel confín
Que en eco lamentable
El ¡ay! no repitiera
Que lanza inconsolable
Miriam en su gemir.

Y al venidero día,
Apenas respirando,
José con su María
De nuevo entró en Sión;
Y van de puerta en puerta
Del niño preguntando,
La débil planta, incierta,
Con miedo el corazón.

Y en vano su recinto
Recorren, y es en vano
Que en medio al laberinto
Pregunten con afán:
Y redoblando el lloro,
Al templo soberano

En pos de su tesoro
Con esperanza van.

Con sencillez vestido
Como un vulgar esenio,
El rostro algo teñido
Del sol primaveral,
Y de sus garzos ojos
De más que humano genio
Brotando en rayos rojos
Un límpido raudal;

Castaños los cabellos
Que en ondas bipartidos
De rizos cubren bellos
La espalda más gentil;
De ancianos y doctores
Que escuchan conmovidos
Los tonos vibratorios
De aquella voz pueril;

Cercado del gran templo
So el pórtico sagrado
Do van á dar ejemplo
Los sabios de Israel,
Discurre un tierno niño
Y el pueblo arrebatado
Exclama en su cariño,
«¿Es ángel ó un Daniel?»

«¡Jesús, el hijo mío!»
Clamó con voz süave,
Rompiendo del gentío
Por el revuelto mar,
Voz límpida, argentina,
Y al propio tiempo grave,
En que el placer domina
Y aun se oye hondo pesar.

Y así como esplendente
En cercos de oro y grana
Muestra su rubia frente
La aurora matinal,
Sobre la mar dormida
Trayendo la mañana,
De luz llenando y vida
Sus ondas de cristal;

Tal, joven, cuanto hermosa,
En lágrimas bañada,
Se acerca presurosa
Al niño una mujer,
Y en voz de gran ternura:
«¿Por qué así abandonada,
Tan hórrida amargura
Me hiciste padecer?»

Y el niño, en desabrida
Respuesta misteriosa:
«¿Por qué tan afligida,
Por qué me buscáis vos?
¿No veis que cumplo, madre,
Mi obligación forzosa?
¿No veis que de mi Padre
Me ocupo y de mi Dios?»

Á réplica tan dura
José y Miriam callaron,
Que la sentencia obscura
No pueden comprender;
Mas luego juntamente
Los tres encaminaron
El paso alegremente
De vuelta á Nazareth.

Y allí pasaron días
De gozos celestiales,
De inmensas alegrías

Y paz del corazón;
Y mientras el niño crece
En días terrenales,
Ante su Dios acrece
En gracia y perfección.

PREDICACIÓN DEL EVANGELIO.

Sonó por fin la afortunada hora
En el reloj del tiempo, no cansado
Jamás.—¡Lució por fin la limpia aurora,
El momento anhelado
Que había en sus designios señalado
El Hacedor profundo,
De eterna vida y libertad al mundo!

La hora en que el mentido paganismo
Con sus groseros símbolos y altares
Se hundiera para siempre en el abismo,
Y en que en tierras y mares
Fundara indestructibles sus sillares,
Del mismo Dios en nombre,
Aquella religión salud del hombre.

Ya por su propio peso quebrantados
Vacilan los imperios conmovidos;
Los prepotentes cetros respetados,
Los tronos carcomidos,
Caen en menudo polvo convertidos;
Y ya el antiguo culto
Es objeto de mofas y de insulto.

Los oráculos callan. Las sibilas
Abandonan sus antros sepulcrales,
Y no manchan sus bóvedas tranquilas
Conjuros infernales.

Sacerdotes, augures y vestales
No dan torcido ejemplo
Bajo los arcos del impuro templo.

Y agitación oculta y misteriosa
Hierve en el corazón de los humanos;
Volcán que so la mole ponderosa
De montes soberanos,
De la tierra en los cóncavos arcanos
Á su pesar sumido,
Anuncia su poder con su rugido.

Desplómense á la vez cultos y leyes,
Ruedan confusos pueblos y naciones,
Sacerdotes y símbolos y reyes.—
¿Qué inspirados varones,
Qué fuertes é impertérritas legiones
Vendrán del mundo muerto
Á repoblar el árido desierto?

De aquel peñasco, apenas conocido,
De Nazareth, brotó en raudal escaso
Un arroyo entre zarzas escondido;
Mas que ha de abrirse paso
En breve del Oriente hasta el Ocaso,
Al Norte y Mediodía,
Llevando la salud y la alegría.

Gota pequeña, cristalina y pura,
Apenas á la sed de un pajarillo
Bastante: luz que trémula fulgura
De débil lucerillo;
¡Y en breve, mar de luz, á cuyo brillo
Esplenden en lo obscuro
Lo pasado, presente y lo futuro!

Y aquella cruz, patíbulo afrentoso
Que presenció del hijo de María
El lento padecer y la agonía,

Fué el signo esplendoroso,
Lábaro de un imperio poderoso,
Al aire tremolado,
Do el mundo se agrupó regenerado.

La eterna y triunfadora fe cristiana,
De eterna vida manantial fecundo,
De donde todo bien copioso mana:
Del poder sin segundo
La *Buena Nueva* prometida al mundo;
Y aquella voz divina
Dijo al muerto: «¡Levántate y camina!»

Y el cadáver se alzó:—galvanizada
Se irguió la conmovida muchedumbre;
Respiró la mujer emancipada;
De abyecta servidumbre,
Ya al hombre no oprimió la pesadumbre,
Y ante su Dios iguales
Se abrazaron felices los mortales!

Brilló el *Sol de Justicia*, inmenso faro
Suspendido en mitad del firmamento,
Al ciego luz, al desvalido amparo:
Y el magnate opulento
Y el tirano en sus iras turbulento,
En su maldad temblaron
Y ante el poder eterno se humillaron!

LA ASCENSIÓN.

Las últimas miradas,
Fijas aún en los que atrás se deja,
Las manos levantadas,
Bendice y aconseja
La amada multitud de que se aleja.